

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



ALICE BRADY

CUADERNO N° 54

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO
FRANCIS FORD

EL FAMOSO CONDE-HUGO

SU ACTUACIÓN UNIVERSALMENTE CONO-
CIDA EN LA PANTALLA : EL PROTECTOR Y
COMPAÑERO DE EDDIE POLO : SUS
~ ~ PRINCIPALES CREACIONES ~ ~

EN PREPARACIÓN

CLARA KIMBALL Y. : E. LINCOLN
EDITH JOHNSON : WILL ROGERS

ESTRELLAS DEL LIENZO

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

Serie A : FRANCESCA BERTINI, WALLACE REID, BILLIE BURKE,
TOM MOORE, RUTH CLIFORD. — Serie B. : EDDIE POLO, VIVIAN
MARTIN, THOMAS MEIGHAN, ELSIE FERGUSON, WILLIAM S. HART

Precio : 20 cénts. cada una y 90 cénts. la serie.

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Gi-
ro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntimos por cada remesa.
Certificados, 35 céntimos.

Depósitos para la venta : Bruch, 3, Barcelona ; Pretil de los Consejos, 3, Madrid,
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

ALICE BRADY

POR

MICROMEGAS

ALICE BRADY, ESTRE-
LLA CINEMATOGRÁFICA
:: SU REVELACIÓN ::



ACE algunos años, Alice Brady se nos reveló como una estupenda actriz cinematográfica. Ya su nombre era por entonces enormemente popular en Estados Unidos y en Inglaterra, pero en España todavía desconocíamos su trabajo.

Hizo falta que un hombre emprendedor, deseoso de darnos a conocer las buenas películas que se editaban en Yanquilandia, y que por aquellas fechas nosotros desconocíamos en absoluto, nos presentase un drama intensísimo, que la Brady interpretaba maravillosamente.

Se titulaba este drama «Frou-Frou». Nuestros lectores lo recordarán tan bien como nosotros, así como no podrán podido olvidar aquella creación maravillosa que nos ofreció la Brady, haciéndonos ver que en América había un arte poderoso y magnífico, capaz de superar al arte europeo.

Ante todo, nos mostró la Brady con esta película que los artistas americanos cimentaban su arte sobre la naturalidad más asombrosa.

Vino a destruir la leyenda italiana de la pose forzada, de las dalmáticas «bertinescas», de los ojos en blanco y los brazos retorcidos.

Alice Brady, en «Frou-Frou», se nos presentó como una muñequita de placer, un juguete caro y frívolo, que sólo piensa en braguetas, en unas bagatelas deliciosas, que aparecen iluminadas constantemente por la llama del ideal.

Un escritor cinematográfico, al hablarnos de la Brady en esta película, dice lo siguiente:

«¿Recordáis «Frou-Frou» ese drama humano, profundo intenso en medio del ambiente de frivolidad que le sirve de marco?

En él, Alice Brady es la mariposa bella y alocada que vuela vertiginosamente alrededor de la luz, para que sus alas luzcan con más bellos colores.

Hasta que un día se arrima demasiado, y entonces la luz la quemá sin compasión, destrozando las galas con que la adornó la naturaleza.

Tal vez en ninguna película como en ésta ha llegado nuestra actriz a un mayor grado de perfección. Es frívola y sentimental, coqueta y enamorada, alocada y buena.

Pero, sobre todo, es soñadora. En su imaginación ardiente tienen cabida todas las ilusiones, todos los ensueños, todas las quimeras. Sus ojos no miran jamás hacia la tierra. Y por eso están continuamente cegados por la luz del sol.

La psicología complicada de este personaje, con sus contradicciones, con su carácter tan extraño y al mismo tiempo tan femenino es comprendida e interpretada maravillosamente por la actriz emblemática.

Y es que la Brady, como «Frou-Frou», posee un temperamento exaltado y romántico; ella desprecia con un gesto de soberana las pequeñas miserias de la vida; ella ama con pasión los trajes elegantes y las ricas joyas y las sedas y las gasas y las pieles; ella sabe que todas estas cosas costosas y frívolas embellecen el cuerpo y hacen la vida amable.

Y por eso esta flor exótica en un país donde se adora al dólar ha sabido comprender todo el fondo de poesía que encerraba el alma pintoresca de «Frou-Frou»....

Así es la Brady en la película de que nos ocupamos. Con una gran sencillez nos da la sensación de la mariposa que vuela alrededor de la luz. Sin un desplante, sin un alarde pseudo-trágico se apodera de nosotros, y, embelesados, seguimos en el lienzo sus movimientos graciosos y se recrea nuestra vista con la elegancia que la artista despliega ante nosotros.

Porque la Brady es elegante, muy elegante, sin esa elegancia

atormentadora de la Bertini o la Borelli, sino con una elegancia que está más de acuerdo con la vida real. Una elegancia natural, ingénita, en la que la artista se nos aparece como en su vida particular.

Y es éste uno de los principales encantos de la labor de Alice Brady. Esta sensación de naturalidad que nos da la actriz acaba por cautivarnos, por hacernos olvidar la ficción. Y, a nuestro pesar, sentimos los mismos dolores sentimentales que aquejan a la gentil Frou-Frou."

Gran diferencia existe entre esta creación y la que la Bertini hizo de la adaptación cinematográfica de la misma obra.

Como dos polos opuestos vemos la labor tan distinta de las dos popularísimas actrices, y mientras contemplamos en la de la artista norteamericana la verdad como elemento primordial para adueñarse del público, vemos en la de la artista italiana una falsedad tan enorme, que, aún reconociendo el arte que existe en esa ficción, nos inclinamos sin vacilar a la primera.

Y mientras en unas pel'culas nos emociona con su temperamento fuertemente dramático, en otras nos cautiva por su gracia fina y atractiva.

Escogemos al azar el argumento de una de sus producciones más recientes, para ofrecérselo a nuestros lectores, como muestra insignificante del gran talento de Alice.

**«LA DANZA DE LA
MUERTE», UNO DE LOS
MAYORES ÉXITOS DE
ALICE BRADY : : : :**

«La «danza de la muerte» se titula esta película cuyo argumento vamos a esbozar someramente. Pertenece esta cinta a la marca «Select Pictures», y en ella, la linda Alice, se nos presenta en todo el apogeo de su elegancia y su talento.

He aquí a grandes rasgos trazado, el esqueleto de esta magistral producción.

«A pesar de grandes éxitos financieros, cuando termina el ajetreo del día y por la noche se busca el descanso amable del hogar, Arnaldo Maitland se convence de que la suerte en los negocios no constituye la verdadera felicidad.

Arnaldo Maitland está casado con una mujercita frívola y ligera que ha ideado una hábil combinación para gozar la ansiada libertad.

Consiste ésta en fingirse entusiasta de la pintura, y, bajo tal pretexto la esposa de Maitland se pasa el día entero fuera de su casa, acabando por llamar la atención del negociante, que encarga a unos detectives particulares la misión de vigilarla.

Los resultados del espionaje no se hacen esperar.

Los detectives confirman a Maitland en sus sospechas, diciéndole que su mujer ha buscado el pretexto de los cuadros para poder divertirse libremente.

Y le dicen más todavía; le dicen que Boreski, el célebre bailarín del «Cabaret Gris» parece estar enamoradísimo de su mujer.

Sin embargo, Arnaldo no se decide a llevar ante los Tribunales la demanda de divorcio contra su esposa, por evitar el escándalo, que redundaría en perjuicio de Doris, la hija del matrimonio.

En el lujoso «Cabaret Gris» se espera con ansiedad la llegada de Boreski, el famoso bailarín, para empezar el espectáculo.

Pero Boreski no llega.

Tal vez en aquellos momentos se encuentra al lado de la esposa de Maitland, saboreando las delicias de un amor que tiene algo de novedoso.

Y entre tanto, Lida, la esposa y compañera del baile del artista, llora una vez más su abandono, cuando el empresario le dice:

— Si Boreski no se presenta antes de cinco minutos, tendrá que salir usted sola con el coro.

En el mismo cabaret trabaja una joven bailarina llamada Flora, en cuyos ojos grandes y profundos hay como una hoguera de ilusión.

Alrededor de esta artista se teje una leyenda de honradez que pone a raya a los Tenorios que acuden diariamente, atraídos por el encanto de la artista.

Aquella noche, Arnaldo Maitland, queriendo convencerse por sus propios ojos de la infidelidad de su mujer, acude al cabaret con unos amigos, y la belleza de Flora no deja de llamarle la atención.

Sin embargo, como sus ideas acerca de las mujeres de teatro son despectivas para ellas, hace la siguiente apuesta contra Moris, su contrario.

«Yo, Arnaldo Maitland, por la presente, hago constar que apuesto la suma de cinco mil duros contra Ricardo Moris, para sostener mi afirmación de que todas las mujeres de teatro tienen precio y que me comprometo a ganar a la bailarina conocida con el nombre de Flora en el término de tres meses contados a partir de la fecha.»

Des aquel momento empieza Maitland la conquista de la bailarina, pero como tropieza con el obstáculo de su honradez, sigue el camino de la protección desinteresada, logrando ganar la confianza de la joven, que acepta de buena fe sus obsequios.

Y transcurren dos meses, y al cabo de ellos, Flora, protegida por



Alice Brady

Caricatura de FumN

Maitland, se ve obligada a ir a Europa, para proseguir allí sus estudios de canto.

Arnaldo Maitland se ha enamorado ya de la joven y ha olvidado su apuesta de otro tiempo.

Una promesa de matrimonio acaba de ganar la confianza de la artista, y ambos parten para Europa.

Entretanto, las intrigas de la señora de Maitland y de Boreski, el bailarín famoso, amenazan dar el traste con la felicidad de los dos enamorados.

Pero el verdadero amor triunfa al fin. Maitland consigue el divorcio y los lazos de rosas del matrimonio unen para siempre las vidas del negociante y la bailarina."

Es este un drama de intensa fuerza dramática, en el que Alice Brady, la mujer inquietante de los ojos soñadores y de las extrañas *toilettes* nos hace la merced de su arte romántico y naturalista—y de su belleza cálida, como los versos de un gran poeta meridional.

Por eso, «La danza de la muerte», con sus cuadros de un sorprendente realismo y de una originalísima visualidad, es una de estas películas que triunfan siempre, porque llevan dentro de sí todos esos materiales que hacen amables las obras de arte, y que son: sinceridad, buen gusto, emoción y riqueza

ALGO SOBRE LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA DE ALICE BRADY :
VOCACIÓN DE ARTISTA

Alice Brady nació en Nueva York, la inmensa ciudad de los rascacielos, hace veintisiete años.

Este lugar de su nacimiento no se lo perdonan muchas compañeras envidiosas de Alice por haber visto luz por primera vez cerca de la estatua de la Libertad.

Tompoco le perdonan su rancio abolengo artístico, pues la genitil Alice desciende en línea directa de una rama de actores y empresarios, que durante muchos lustros llevaron la voz del arte ante los públicos heterogéneos que forman la población de los Estados Unidos.

William A. Brady, el famoso director y empresario, es su padre. Y por serlo, y por conocer el teatro muy a fondo y serle familiar la vida mezquina de entre bastidores, no quiso que su hija fuera artista.

Muy pequeña, cuando apenas Alice podía hablar, su padre la colocó en un importante colegio de Nueva York, a fin de alejarla por completo del torbellino de los escenarios.

Y la niña fué creciendo entre los recios muros de aquel colegio monjil, sin saber siquiera que existían teatros en el mundo.

Pero lo que está escrito ha de ser, y la pequeña Alice, a la edad de doce años, salió del colegio durante unas vacaciones y vivió por unos meses la vida nómada de sus padres.

Aquello fué lo bastante para que se despertase su vocación. Al volver al colegio, Alice comprendió que en la vida no podría ser otra cosa más que artista. La atraía la luz de los escenarios, le encantaban las apoteosis de los artistas en noches de triunfo, le sugestionaban los aplausos, que alguna vez había oído desde los bastidores.

Su vida sufrió entonces un cambio rápido, a medida que se acercaba la pubertad y se despertaba en ella el instinto de la coquetería.

Ya no le interesaban las lecciones del colegio ni le seducían las horas de recreo, cuando las colegialas mayorcitas formaban grupos amables en el jardín.

Todo su interés estaba concentrado en el teatro, y a hurtadillas leía periódicos y revistas, que la ponían en relación con los artistas de moda.

Conviene advertir a nuestros lectores que Alice Brady poseía por aquel tiempo una voz deliciosamente infantil, que hacia las delicias de sus profesoras y compañeras en las veladas que se organizaban en el colegio. Alice cuidaba con entusiasmo de su voz, viendo en ella el medio más seguro para lograr su liberación un día cualquiera, cuando todos menos lo esperasen.

Y este día llegó por fin.

Con una constancia y un tesón dignos de elogio, Alice, por espacio de muchos meses, estuvo haciendo ahorros, guardando en una hucha todas las cantidades que su padre le enviaba mensualmente «para alfileres», hasta lograr reunir una suma, que le permitía dar, sin ayuda, los primeros pasos en el mundo.

Ella tenía una vocación decidida por el teatro, y para que el golpe que premeditaba no resultase vano, para que no se hundieran de una vez todas sus esperanzas y todas su ilusiones, la Brady, con la cautela de un profesional de la hipocresía iba reuniendo elementos que le asegurasen el éxito de su empresa.

Cuando juzgó que el no fallaría, se decidió a llevar a cabo su proyecto.

Aprovechó un paseo de las colegialas a un bosque cercano al

colegio. En ese bosque, por lo regular, las profesoras, seguras de sus alumnas, no se cuidaban demasiado de ellas, y las niñas podían correr y saltar sobre la yerba a su antojo, sin temor a que la rígida disciplina del colegio las importunase allí.

Alice Brady, lentamente, se separó de sus compañeras, fingiendo buscar un lugar cómodo para dormir la siesta. En sus bolsillos llevaba aquella suma que representaba para ella la base del nuevo camino que iba a emprender, y que había logrado a fuerza de muchos meses de privaciones voluntarias.

Estuvo tumbada durante algún tiempo bajo un árbol, hasta que comprendió que ni sus compañeras ni sus profesoras se ocuparían ya de ella.

Entonces, muy lentamente, se levantó y empezó a deslizarse por entre los árboles, que, con sus robustos troncos eran cómplices inconscientes de su fuga.

Cualquier rústico, una hoja al caer, una racha de aire que movía las copas de los árboles, se le antojaban gritos de sus compañeras o sus profesoras, que se habían dado cuenta de su huída.

Se serenó un poco cuando llegó al camino que bordeaba el bosque. Ya allí, sin detenerse, ni mirar hacia atrás emprendió una loca carrera, que en pocos minutos la condujo hasta la carretera, donde transitaban a toda velocidad, los tranvías.

Cercano al bosque se alzaba una estación del ferrocarril, y Alice, juzgando que era más fácil encontrarse alguna persona conocida en el tranvía que en el tren, optó, por el segundo medio de locomoción para alejarse definitivamente de sus compañeras de clausura.

Cuando el tren llegó a una de las ensordecedoras estaciones de Nueva York, la Brady descendió y montó en un coche de alquiler, que la condujo a una fonda de los suburbios, que conocía por haber estado en ella varias veces con sus padres.

Esta fonda tenía un aspecto muy pintoresco.

Más que fonda parecía un lugar de contratación de artistas, pues allí se reunían, en su planta baja, la mayoría de los artistas americanos de segunda categoría, cada vez que llegaban a Nueva York a la terminación de alguna *tournée*. Los empresarios de provincias acudían también a menudo, con la esperanza de llevarse algún «as» del drama o de las varietés por poco dinero, aprovechando la penuria que significaba para los cómicos las largas semanas de forzoso descanso. Y así, poco a poco, la fama de esta fonda mezquina se iba extendiendo por los círculos teatrales, y ya no había cómico, bueno o malo, que no fuese a parar allí, o por lo menos a tomar el aperitivo, en las épocas de paro en Nueva York.

Alice Brady se presentó, pues, en esta fonda, con su vestidito de colegiala y su rostro seductor, en el que empezaba a brillar las gracias de la mujer.

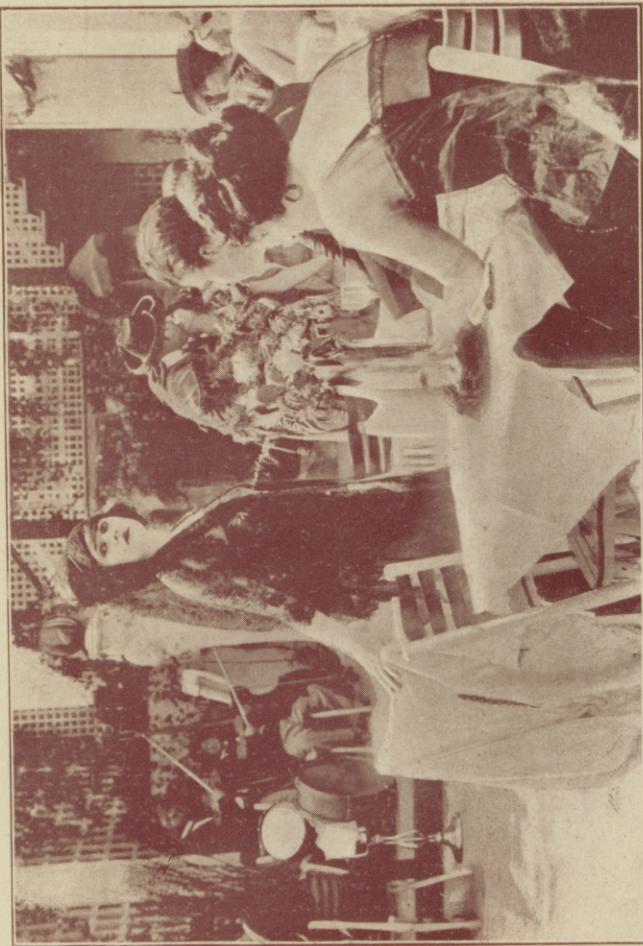


Retrato de Alice Brady

LAS GRANDES ARTISTAS DE LA CINEMATOGRAFIA



ALICE BRADY



Alice Brady en «La danza de la muerte»

Su presencia fué acogida con un poco de ironía y otro poco de protección. Cuando la muchacha contó su historia, casi todos aquellos artistas que muchas veces habían trabajado a las órdenes de su padre, se disputaron el honor de abrirlle camino en el arte. Y aunque no faltó algún histrión puritano que se empeñase en volver a la jovencita al colegio que acababa de abandonar, la mayoría se impuso aprobando el gesto enérgico de Alice.

Precisamente, en aquellos momentos, se estaba formando una compañía de opereta que iba a actuar en uno de los teatros de Boston. Alice fué admitida en calidad de segunda tiple, después de haberle probado la voz, y de cobrar un anticipo que le permitió equiparse con una pequeño vestuario.

**LA CATASTROFE : : WI-
LLIAM A. BRADY, SE-
ENTERA DE LA DECI-
SIÓN DE SU HIJA : :**

Pero el diablo se complace, a veces, en liar las cosas.

Alice Brady había triunfado en Boston, más por su belleza que por su arte. Estaba la muchacha encantada de su nueva vida que le permitía soborear aquellos placeres con que tanto había soñado.

Ya no formaba parte del coro, y en muchas obras se destacaba interpretando papelitos de escasa importancia, en los que, sin embargo, gracias a la simpatía que había despertado en el público, era aplaudida en los mutis.

Y un día, cuando menos se esperaba, surgió la catástrofe.

¿De qué manera? He aquí el enigma.

Seguramente, alguno de los cómicos que se hallaban en el fondo de Nueva York; encontró al padre de Alice y le contó la fuga de su hijo y su estancia en Boston como segunda tiple de una compañía de opereta.

Tal vez algún envidioso de la misma compañía donde trabajaba la Brady averiguó la dirección de su padre y le escribió la calaverada de la niña.

Fuese lo que fuese, lo cierto es que un buen día se presentó en Boston el director, actor y empresario — que de las tres cosas participaba. — William A. Brady, y llegó al teatro donde trabajaba su hija cuando se iba a dar comienzo a la función de la tarde.

El escándalo fué de los que hacen época. Los mismos espectadores que esperaban pacientemente en la sala la hora de levantarse el telón, debieron percibir el ruído de las bofetadas que allí se repartieron, con una prodigalidad desconcertante.

Porque el bueno de William no se tomó siquiera el trabajo de averiguar lo que hubiera de punible en los que habían secundado el juego de su hija. Directamente se presentó al director de la compañía — un antiguo amigo suyo —, y sin que mediaran palabras algunas de explicación, la emprendió a puñetazos con él.

Varios cómicos salieron en defensa de su director, pero Brady no se asustaba por tan poca cosa, y valiéndose de los puños, de las sillas, de todo lo que encontraba a mano, sostuvo una verdadera batalla, que dejó inutilizada la guardarropía del teatro.

Después cogió a su hija de la mano y la arrastró tras de sí, sin hacer caso de sus llantos ni sus protestas.

Aquella noche ya no durmieron en Boston, y en el primer tren que salía para Nueva York montaron padre e hija. La calma de aquellas horas de viaje fué lo bastante para que el padre de Alice desistiese de su propósito de conducir a su hija al colegio de donde se había escapado. Más que aquella calma hicieron mella en su ánimo las súplicas de la muchacha, que por nada del mundo consentía en encerrarse nuevamente entre las cuatro paredes del colegio monjil.

Quedó decidido que Alice se quedaría en el hogar de Nueva York, hasta que se pensase más sosegadamente lo que se haría de ella en el porvenir.

Se conformó la pequeña actriz lírica, porque no le quedaba más remedio que conformarse. Pero en el fondo de su alma se agitaba una protesta dura contra aquella tiranía que ahogaba todos sus impetus juveniles y ardorosos.

Y aquella protesta no tardó en exteriorizarse.

Cuando a los pocos días de encontrarse en Nueva York William A. Brady se frotaba las manos satisfecho de su gestión, con la que creía haber asegurado el porvenir de su hija, alejándola completamente del teatro, Alice se presentó muy seria y le soltó a boca de jarro las siguientes palabras:

— Papá, yo quiero ser artista y nada más que artista. Es inútil que trates de forzar mi voluntad. Si no consientes en que yo siga mi vocación, me fugaré de casa, como me he fugado del colegio. Si me encierras me dejaré morir de hambre...

El buen hombre, de una voluntad de acero, se quedó en el fondo un poco orgulloso de aquella otra voluntad de su hija, tan rígida como la suya, que se manifestaba ahora en toda su pujanza. Comprendió que allí no servirían de nada consejos ni amenazas, y cedió.

Pero ya que la joven persistía en su idea de ser artista, Brady pensó que lo menos que podía hacer era impedir que fuese artista de infima categoría.

Para ello se dedicó a pulir aquel temperamento bravío e indómito, y lo logró en breve tiempo, pudiendo presentarla poco después en una compañía dramática que él dirigía en uno de los más importantes teatros de Nueva York.

Se presentó al público en calidad de dama joven, y dos años después obtenía sólidos triunfos como primera actriz, interpretando obras de tan extraordinaria importancia como «Las pecadoras», tal vez el mayor éxito artístico en la vida de la Brady, «El armario de la familia», «Para siempre» y «La ascensión de Ana».

Muchos esfuerzos le costó a Alice escalar el alto puesto en el mundo teatral, y ella misma confiesa ahora que triunfó a pesar de su padre, que en vez de ayudarla, la reprendía constantemente.

Una de las cosas que influyeron mucho en su rápido ascenso, fué su elegancia nativa, esa elegancia de que hoy hace alarde en las películas y que asusta un poco a las personas timoratas que van al cine.

Esta elegancia de Alice Brady es algo peculiar en ella, y hasta las mismas artistas cinematográficas, sus compañeras, se la reconocen.

Ella no se contenta con seguir la moda, sino que, al modo de Norma Talmadge, se adelanta a ella, e impone nuevos modelos, modelos que son copiados más tarde por las elegantes espectadoras de los cinematógrafos.

Un periódico de los Angeles, nos habla así de la imposición de las modas por las artistas cinematográficas:

«Hace poco tiempo entró en uno de los más grandes establecimientos neoyorquinos una joven llegada exprofesamente a Nueva York para comprar las últimas creaciones de la moda para una de las modistas del interior de la República.

La mujer de la casa esmeróse por entenderla, la habló de preciosas combinaciones, pero la joven no daba la menor muestra de contento.

Por fin, exclamó:

— ¿Resulta que la señora no tiene nada nuevo, como blusas mandarinas o «slipons» de sedas japonesas estampadas?

La dueña de la casa cayó de las nubes, como se dice vulgarmente.

— Pero si todavía se están confeccionando los modelos, señora... ¿cómo me habla usted de ésto?

La joven escuchó a la señora con cierto aire de lástima y sonriendo un poco respondió con tono de superioridad:

— Norma Talmadge usó uno de esos modelos en una de sus últimas películas, y desde entonces mis clientes me lo piden constantemente... Parecía que Nueva York debería concederse más importancia a estas cosas, para no obligarnos a hacer papeles como el que yo estoy haciendo.

Y hablando alto, para que todos se enterasen, dió media vuelta

y fuése, dejando a la señora medio atontada entre sus modelos «dernier cri», extendidos sobre divanes y almohadones.

Es que las cosas, ahora, suceden de manera bien distinta a antiguamente.

Los modistas famosos, creadores de la moda, saben con seis meses de antelación lo que se usará y lo que no se usará, de suerte que cuando se quieran presentar modelos nuevos que serán la última palabra de la moda, no hay necesidad de hojear figurines.

Basta que Alice Brady, por ejemplo, los vista. De ese modo, en Texas o en Nebraska se sabe desde luego si se van a usar o no las plumas de avestruz...

Y es tal el furor por usar el modelo lanzado por una de las favoritas, que muchas veces se cae en los linderos del ridículo.

No hace mucho, Alice Brady, una de las más elegantes actrices del écran, apareció en una de sus películas con un pequeño turbante de tejido de oro, e hizo tan gran *succés* el turbante «a lo Brady», que era corriente ver en el teatro, en los hoteles o en cualquier fiesta, millares de reproducciones exactas del elegante sombrero.

Algunas jóvenes envolvían al mismo, en rica tela dorada, y esa innovación le daba todavía mayor efecto.

Más esa abundancia de turbantes volvióse hasta cierto punto ridícula, porque muchos padres tenían que hacer equilibrios prodigiosos para atender a los caprichos de sus hijas.»

DEL TEATRO AL CINE: :
OTRA VEZ LA OPOSICIÓN DE WILLIAM A.
BRADY : : : : : :

En el año 1917, Alice Brady se sintió acometida de la enfermedad que empezaron a pedecer, sucesivamente casi todas las artistas de teatro.

No pudo librarse de la epidemia del cine, y abandonando los laureles que con tantos esfuerzos había cosechado en los escenarios, puso aquella recia voluntad que había heredado de su padre al servicio del arte mudo.

William A. Brady, también se opuso esa vez a que su hija abandonase el teatro, basando su negativa en que era una solemne lo-



Alice Brady en *La casa de Modas*

Dibujo de J. Andreu

cura dejar una carrera por la que empezaba a caminar brillantemente, para dedicarse a un arte que desconocía.

Una vez más triunfó la recia voluntad de la joven, y la Brady, a pesar de todas las oposiciones, desoyendo todos los consejos, empezó a interpretar películas, poniendo en el nuevo arte todos sus entusiasmos y todo su talento.

No tardó en conseguir un alto puesto en la cinematografía y en probar a todos que no había hecho ninguna tontería al abandonar momentáneamente el arte teatral.

Y decimos momentáneamente, porque Alice Brady no desertó del teatro, como tantas otras artistas cinematográficas, sino que hizo solamente un alto en su carrera, para volver más tarde, aumentada considerablemente su popularidad por la popularidad que ya empezaba a conquistar interpretando papeles difíciles en las películas.

Desde entonces, simultaneó los dos artes, y tan pronto la vemos asombrándonos con una nueva creación pelicular, como conquistando aplausos en los teatros de Nueva York o de San Francisco de California.

Ella misma, en una intervención, confiesa que es una de las artistas que menos pueden gozar del descanso, pues muchas veces, su auto debe conducirla, desde el escenario de un teatro, donde se ensaya un drama, a la galería de un estudio donde se confecciona una película.

El hogar, para ella, es una especie de ilusión que alimenta en los ocios del teatro y del estudio, pero que raras veces puede gozar de ella, ya que la vida vertiginosa que se ve obligada a llevar la aleja de los momentos íntimos y amables, en la paz suave de su «home».

Esta misma inquietud que la impulsa a no descansar, es también la que le ordena no permanecer mucho tiempo en una manufactory.

Y así, a la Brady, diferenciándose de muchas de sus compañeras que envejecen en una marca, la vemos recorrer cuantas manufactorys existen en los Estados Unidos, llevando su arte de una parte a otra, como si en su prodigalidad no quisiera dejar a nadie sin el encanto de su gracia y de su talento.

Otra artista que no fuese Alice perdería indudablemente en su arte con este continuo mariposear. Pero la Brady tiene demasiado talento para que puedan hacer mella en su espíritu esas bruscas separaciones, que rompen la unidad disciplinada de una compañía.



: : : ANÉCDOTAS : : :

Cerramos este libro publicando algunas de las anécdotas más populares de la Brady, que son como breves rasgos de su carácter.

Helas aquí:

«Alice Brady, trabaja con sinceridad.

Sea cual sea el papel que le toca representar, ella quiere hacerlo siempre.

Para poder efectuar el baile en una película que ha terminado recientemente, tuvo que estudiar mucho tiempo, pero al fin es ella quien baila, aun cuando el director le ofreció que en el momento del baile la sustituiría por una profesional y el público no se daría cuenta de ello.

También en la película «La prueba de Rosetta, en la cual interpretaba el rol de protagonista, tuvo que aprender a escribir a máquina con alguna rapidez, para poder dar veracidad a una escena.

Alice Brady, hoy estrella de la Realart, posee una valiosísima sombrilla, con la que aparece en la nueva cinta «Fuera del coro».

Esta sombrilla perteneció a la Emperatriz Eugenia, habiéndola adquirido la Brady a una de las damas de la difunta soberana.

El mango de la sombrilla es de concha de tortuga y marfil, con incrustaciones de diamantes. La tela es de encaje rosado.

Se ignora el precio que pagó Alice por esta sombrilla, pero suponemos que habrá desembolsado una de esas fantásticas cantidades con que los americanos compran los más valiosos objetos.

La Brady es una mujer de espíritu inquieto y caprichoso.

Vamos a referir uno, el último que sabemos hasta ahora, de sus célebres caprichos.

Trabajaba en una película con un actor de renombre, el cual, para hacer una de las escenas vestía de levita con una magnífica corbata de listas azules.

La escena era de amor. Alice fué a abrazarlo, pero se retiró con un ademán rápido y resuelto.

— No, no... quítese esa corbata. De otro modo no sigo trabajando.

— Pero, señora...

— Nada, nada, que no sigo trabajando.

El peligro era grave. Intervino el director. El actor, por gananería y también por complacer al director, accedió resignadamente a cambiarse de corbata.

Alice, ya tranquila, explicó su rareza.

De pequeñita, un gato que había en la casa y al que adoraba entrañablemente, jugando le había arañado en una pierna y le hizo sangre. Aún le dura la señal.

El gato tenía unos enormes ojos azules.

Y desde entonces odia a los gatos y el color azul le recuerda la maldad de estos felinos ingratos, que arañan las piernas de sus amiguitas...

NICROMEGAS



Alice, ya tranquila, explicó su rareza.

De pequeñita, un gato que había en la casa y al que adoraba entrañablemente, jugando le había arañado en una pierna y le hizo sangre. Aún le dura la señal.

El gato tenía unos enormes ojos azules.

Y desde entonces odia a los gatos y el color azul le recuerda la maldad de estos felinos ingratos, que arañan las piernas de sus amiguitas...

NICROMEGAS





TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA (POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.
— N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición.
— N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White, 2.ª edición.
— N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max Linder.
— N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Walcamp.
— N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia.
— N.º 17 Roscœ Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S. Hart.
— N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy Dalton.
— N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 ptas.

- N.º 32 Antonio Moreno
- 33 Huguette Duflos
- 34 Leon Mathot
- 35 Henny Porten
- 36 Tom Mix
- 37 Carol Holloway
- 38 Tullio Carminati
- 39 Geraldine Farrar
- 40 Frank Mayo
- 41 María Jacobini
- 42 Harry Carey

- 43 Ruth Roland
- 44 Monroe Salisbury
- 45 Grace Cunard
- 46 Jack Pickford
- 47 Alla Nazimova
- 48 Ossi Oswalda
- 49 «Maciste»
- 50 Priscilla Dean
- 51 Jack Dempsey
- 52 Mary Miles Minter
- 53 Georges Carpenter

ESTAMOS PREPARANDO EL

ALMANAQUE DE TRAS LA PANTALLA

PARA 1922